Ayer, Denantes y Ahora.

Norberto Pablo Pita

Presentado por

Poemas del Alma

Dedicatoria

Dedico esta obra a mis padres, hermanos y toda mi familia; los que me han asistido ayer, denantes y ahora.

Agradecimiento

Reconozco que individualmente no soy más que un deseo y que cuando me atreví a emprender este afán, hubo alguien que quiso formar parte de mi vesania y decidió compartir conmigo la poesía, mi hermano Ofelio. También distingo lo que dice mi amigo, el matusalén Panchito: «Cuando la desventura arriba nuestras vidas, hay que lograr que sea nuestro tique rumbo al universo de la instrucción». Y como cuando un ave emprende su vuelo en primavera y al encontrar nuevas aventuras, ya no regresa, devuelvo un saludo a Elena y a la luna nueva de este espacio, la hermosa Lía.

Sobre el autor

Norberto Pablo Pita nació el 11 de septiembre de 1995 en el poblado de Otatlán, municipio de San Miguel totolapan, Guerrero, México.

índice

Nuestros cuerpos.

Mi otro «Yo».

Voy a olvidarte

Pienso en ti.

Tu arte, Martha

La señora mía

Te quiero, Lía

Aprecio y desprecio

Te amo, quiero amarte

Quiero volver a amarte.

A mi amigo (J.A.J)

Nuestros cuerpos.

En el cristal, nuestros cuerpos
y el son agresivo de tus suspiros.
Tarde, noche, sol y madrugada,
en mis garras tus piernas delicadas
y en mis ojos tu cara con delirio.

Tus gestos encendiendo la llama,
los vestidos dispersos en la cama
y el deseo declarando con el alma,
tu pasión provocándome las ganas;
el reposo huyendo en la ventana
y el viento moviendo las persianas.

Tus mejillas maquilladas de placer,
tus cabellos levantando mi vistazo;
tus besos viajeros, fresco amanecer,
tu fatiga cayéndose en mis brazos.

Mi otro «Yo».

Fue una tarde plateada de otoño
veintidós, los rayos del sol buscaban
mi frente. Una tarde que no podía
abandonar. Caminé por los pasillos con
sombras de árboles, de muros, de
pájaros, antes del ocaso; y con hojas
que murmuraban cada paso que a
su esperanza me destinaban.

Prescindía del tiempo, escuchaba el
canto de ninfas aves y no pretendía
encontrarme con espejos ni mirarme
en sus ojos cándidos que señalaron
mi existencia a su presencia, desde
aquella vez que lloraban cuando la
vida le robaba ilusiones.
No pude contener el frío de inquietud
y ternura que ella fusionaba, y hasta
ahora sigue dando a corazones.

Las palomas se musitaban, el sol
se tumbó. Retornó la víspera gris
en nuestra banqueta, sus ojos claros
dejaron de llorar y se vieron en los
míos. Le regalé la sonrisa que inventé
en sus labios, le enjuagué su rostro
con el pañuelo de mi alma y le dije:
«Ojalá el destino me dé la oportunidad
de compartir las palabras que hoy,
entre tanto, he callado». Y el mudo
murmullo de su boca me decía que
sí con su canto; callada, tímida y con
pena: la había dejado el amor que en

mí ya se había engendrado.

Al caer la oscuridad durmieron sus
hojas los rojos cornejos, el arce y el
zumaque. Iban y venían miradas
a todas partes, risas calladas, ilustres
con antifaces. Se fue ella y todo se fue.
Pasó el tren de la tristeza y me
llevó al lugar más lejano de mí.
Mi otro "yo" se quedó en otra parte:
en la visión de sus niñas tristes, en
el secreto de su alma, en su clave
perdida; en sus ayeres tardes,
en su historia de amor y
en el momento; en ella, con nostalgia
y sin mí.

Ahora, ¿cómo explico a mi "yo"
dónde está mi "yo"?

Voy a olvidarte

En mi odisea no pretendo encontrarme
con espejos, salvo con la luna de cristal
cuando la noche me cubra y mi cielo se
mantenga limpio y desarrugado.

En cada paso ya no existes, se
van diluyendo las dudas en el mar de
mi encuentro. Lamentando, el dolor
ya no me duele y el hálito me
conforta de certidumbre y alivio.

Voy camino a quedarme en sitio alguno,
donde sólo puedas imaginarme,
aunque antes, ya no me quieres.

Voy a dejar de quererte
aunque peliagudo sea el derrotero.
Voy corriendo a alguna parte.
Voy a olvidarte.

Pienso en ti.

En todo lo que veo y
hago, pienso en ti.
Y me ilusiono porque las
cosas que veo, que me
gustan y que hago; quiero
que las veas, las gustes y
las hagas conmigo.

En las tardes miro
parejas prometidas
que se llevan del brazo
a lugares, varios.
Quisiera yo vivir así
contigo.

Hay veces que estoy
tomando un café a
deshoras o me dedico
a mirar el cielo con
estrellas.
Deseo que estés conmigo
tomando el mismo café y
mirando las mismas estrellas.

Tu arte, Martha

Con mi lapicero se labra, con la inclinación de la
luna de la noche, tu nombre en este extracto, y,
ya en la fronda de este amor empieza a cantarme
el mimus, el zorzal y el tecolote.

Cada vez que te recuerdo, loo contigo
la primavera:
Y aprendimos a callar desde el primer momento,
una tarde después de un viernes quince. La lluvia
estaba en sus días, nos mojaba suavemente, pude
ver cada gota que resbalaba en tus caderas.

En las corrientes, los barcos de hojas viajaban
con el solo de tu gracia, y nuestros aires se
abrazaron, nos asimos al seno del amor y nos
llevó a donde fuimos.

Tu arte era el sonreír para las caras alegres con
vida y para las caras sin rostro con fatiga.
Tu cita en el urbe quedó pendiente, tu cita
conmigo se hizo recurrente.

Y auné las caricias a la vida; el rencor lo cambié
por dinero, la muerte se convirtió en mi suerte.

La señora mía

Miércoles diez de dos mil dieciséis primaveras,
día diáfano sin gusanos grises en vid.
Llega la mañana con el sol en el alcor,
canta Laura la Hungarilla con el ruiseñor.

En el talego lleva el dulce para sus labios,
armada en su jumento al sitio de sus recuerdos.
Lleva consigo el amor a los mil descarriados:
jubiloso el corazón, lo declaran sus manos.

Sus pies revientan con la tierra y atisba al cielo,
cruza caminos con veredas y no voltea,
y, yo me desvelo figurando sus cabellos.

De repente, así como Venus sigue a la Luna,
me he abandonado a su mimetismo y me he sumado
a su misión ahasverus de sendas continuas.

Te quiero, Lía

Hoy como ayer te quiero mía:
¡Mi vida!, con liviano tiesto
te tomo con el agua fría,
y, así renazco en justo duelo.

Hoy como siempre quiérote, alma.
Y quieres mi fermosa, Lía,
a ti miren más de veinte ojos
y sin valorar mis pupilas.

Los ojos míos ya te miran
y queman con el sol tu cuerpo;
incluso, pleamar del Carmen
que merma tu sutil cintura.

Hoy como todo te pretendo,
adoro como te derrumbas.

Aprecio y desprecio

No soy nadie para despreciar, estoy para apreciar. La mejor forma decir te aprecio es callarlo. Estoy para apreciar el desprecio que hay de mí y para despreciar la atención que quiero causar. Soy la persona que se dio a conocer, ayer, siendo para todos, hombre y, para mí también.

Lo malo no es siempre lo malo, y lo bueno no es estar bien sino buscar sentirse bien. Lo malo no es apreciarse sino desear ser apreciado.

Te amo, quiero amarte

A veces siento que te amo cuando te quiero,
y cuando te amo no vuelvo a quererte ya.
No te quiero como amo, te amo como quiero.
Te amo, hermosa mente, y no busco quererte más.

Quiero amarte de la mejor manera que se
pueda querer, de la forma en que ningún
semejante pueda concebirlo; del mismo
proceder en que amaba al sufrimiento, Esquilo.
Te amo, quiero amarte.

Quiero volver a amarte.

Quiero arrancarte de mi pecho.
A veces quiero lo que no quiero,
olvidando que un día te perdí el amor
para quererte, y, me abracé al
deseo para no dejar de quererte, nunca.

Quiero volver a amarte, así como
te amaba cuando te conocí, así
como cuando aún no te conocía.
Quiero dejar de quererte.

A mi amigo (J.A.J)

En mi clausura y en cada verso que me
regala el cielo, repito junto con
José Alfredo Jiménez:
«Mientras no me muera, ¿qué hago?».
Y ahora concibo que la muerte es la vida y
que la vida es promesa:

¡Tú, mi amigo sigue tomando tequila
y cantando canciones!,
que yo tiro cada frase en una cuartilla
y así te ocupas y me establezco.
¡Y qué mejor que hacer lo que nos complazca,
hasta el atardecer de los atardeceres!
¡Qué mejor que cantarle a la vida cuando
la muerte quiere sorprendernos!
¡Y qué mejor que la muerte que
nos salva de nosotros!,
y precisamente cuando ya no podemos
apartarnos del vicio.